

LA LARGA VIDA



AS últimas palabras que pronunció la señora Hager Simsek Nine antes de morir, a los ciento sesenta y nueve años de edad, fueron: "No he vivido suficientemente en este mundo".

Los fenómenos de longevidad excepcional acostumbran a ocurrir casi siempre, y no sabemos por qué, en Turquía. Recordamos el anuncio del yogourth "kefir", asombro de nuestra niñez. Un patriarca de ciento y pico de años, turco él, aseguraba a todos que podríamos vivir tan largamente como él si consumíamos por todo alimento ese tipo de leche agria. La señora que murió la semana pasada y a la que se debe la quejumbrosa frase que hemos copiado no se había movido nunca de una pequeña localidad turca.

Todos deseamos vivir muchos años. Y lo bueno es que cada vez el hombre tiene tendencia a prolongar su vida. Las epidemias y las enfermedades van siendo eliminadas por el tratamiento clínico y por los descubrimientos de laboratorio. Los años más difíciles de pasar para la anciana mujer de Turquía habrán sido los primeros. Nacida a finales del siglo XVIII, sin duda, en los primeros cien años esa dama debió de pasar serias dificultades. Con los inyectables, desde Pasteur, en los últimos sesenta, la cuestión se le haría más llevadera.

Comprendemos perfectamente la frase con que ha subrayado su último aliento, como si lo rubricara: "No he vivido suficientemente en este mundo". La comprendemos, porque ella debió advertir que es justamente ahora cuando merece la pena quedarse. Ahora, en que hay tantos motivos de curiosidad no colmada, tantas incógnitas por aclarar, que la acción de marcharse se hace a contrapelo, como si nos obligaran a abandonar la sala a la mitad de la función.

Vemos todos los días la vitalidad y la virtualidad de ancianos que permanecen en la plenitud de su vigor y de su presencia en la vida. Leemos con admiración y con profundo respeto las condiciones absolutamente juveniles con que el presidente de la Real Academia Española, don Ramón Menéndez Pidal, se ha trasladado y ha sido agasajado en Israel. En los tableros de propaganda de una compañía de aviación, cierta dama norteamericana con más de cien años realiza sin compañía la vuelta al mundo. Churchill, el león de occidente, mastica su cigarro; lleva encima sus años y se le nota el peso, que ahora le dobla las espaldas, de las responsabilidades de otra hora; pero es capaz de una frase ocurrente y de levantar la uve de sus dedos, emblema de los días de lucha.

Esas vidas de largo alcance causan una gran admiración y una profunda envidia. Sabido es que alcanzar la edad de los patriarcas no es cuestión de uno, sino que depende siempre de causas que uno mismo no puede dominar. Pero atribuimos por lo menos una parcela importante de méritos personal a quienes alcanzan cimas de vida tan altas. Porque, si la duración de la vida no depende de la voluntad de cada ser, la vida misma si que es, en cierto modo, igual para todos. Es decir: cada uno de los mortales, sin discriminación, tiene que enfrentarse todas las mañanas con el acontecimiento que es estar viviendo, y la manera de plantearse este hecho y sus consecuencias todos los días es ya una contribución o un retraimiento, éstos si absolutamente personales, a la capacidad de vivir y, por tanto, a la longevidad propia.

Probablemente, Winston Churchill no se planteaba en las horas trágicas, cuando pregonaba para su país largos días de "sangre, sudor y lágrimas", el alcance o el término de su propia existencia. Un minuto de desaliento o de deflación al amanecer, una disminución de su energía íntima a la caída de la tarde, implicaban la desmoralización y la mengua de millones de seres. Una larga vida es también, probablemente, una vida continua y generosa todos los días, sin olvidar una sola hora.

Ha muerto —y no ciertamente muy viejo— el inventor y propulsor de la ciencia llamada "cibernética", que es una de las características de nuestro tiempo. Los chistes ilustrados con un robot de cáscara metálica, capan de

accionar como un ser humano, con entrañas eléctricas y una dinamo por corazón, son la versión exagerada y caricaturesca del enorme panel de posibilidades que contiene en si la ciencia elaborada, en gran parte, por el doctor Wiener recién fallecido. Algunos comentaristas han aducido a propósito de su muerte su relación con George Bernard Shaw; o mejor dicho, con una de las ingeniosas frases del gran dramaturgo que el doctor Wiener se complacía en citar: "El especialista es el hombre que sabe cada vez más cosas acerca de algo cada vez más restringido, hasta que llega a saberlo todo... de nada".

El contenido de la cibernética asegura la sustitución de muchas funciones que eran privativas del intelecto humano por formas de automatización matemática. A la creación de ese vasto porvenir han contribuido por un igual los matemáticos y los neurofisiólogos, y puede decirse que el alumbramiento de esta ciencia nació de las tertulias e intercambios entre unos y otros. El doctor Wiener no ha vivido largamente —ha muerto sin cumplir los setenta años—, pero pasó un pico importante de su condición humana a la capacidad de las ciencias abstractas. En realidad, más que una ciencia inventó un cómplice. No alcanzó la longevidad, pero le dio el relevo. No es rara su afinidad con Bernard Shaw, longevo él mismo y siempre preocupado por esos temas, como indican sus títulos "Hombres y Superhombres" y "Vuelta a Matusalén".

cibernética o biología

Pero en contraste brusco con la automatización y la cibernética, que invita al hombre a eludir en cierto modo su capacidad racional para resignarla en la estadística y en el álgebra, acabamos de leer de nuevo la verdadera historia de un supuesto e imaginario príncipe llamado Gregorius, narrada por Tomás Mann en su obra "Der Erwählte", o sea, "El Elegido". Para purgar el terrible e incestuoso origen de su existencia, el personaje —situado en un lugar impreciso de la Europa carolingia— se hace anillar a la intemperie sobre una solitaria roca situada en la mitad de un lago, donde sobrevivirá sin alimentos durante diecisiete años, al cabo de los cuales vendrán a liberarle ciertos patricios romanos advertidos milagrosamente de su condición y resueltos a elevarle, por indicación sobrenatural, al solio pontificio. Lo que nos importa ahora a nosotros es la extraordinaria sustracción que, sin pretenderlo, hace ese ser de su propia vida durante los diecisiete años de su aislamiento. Puesto que en lugar de sustentarse de manera eremítica y en sus complejidades naturales, Gregorius se retrotrae a una condición biológica anterior, especie de musgo o de marmota en estado de catalepsia, hasta el punto de que disminuye su volumen físico y transita, no mayor que una liebre, suelto ya de sus cadenas, sobre la inclemente y árida roca de su expiación.

El relato no es otra cosa que una fábula, una extraordinaria fábula. Pero la imagen de ese ser que pasa de hombre a homúnculo resulta, en la pluma de Tomás Mann, tan convincente y persuasiva que no nos cuesta imaginar en adelante la posibilidad, en caso de apuro, de retrotraernos a situaciones biológicas previas a nuestra humanidad, aunque sean éstas vegetales o, in extremis, simplemente celulares. Nunca podremos, en cambio, mirar con agrado la posibilidad de trascender a la mecánica y sobrevivir allí con la eléctrica racionalidad de una calculadora, por magistral que ésta sea.

No nos extraña lo más mínimo que la frase concluyente de la señora turca fuera, en el momento de morir, que la vida le había parecido corta. Los alicientes, los hallazgos, los descubrimientos de la ciencia y de la técnica no hacen otra cosa que descubrir horizontes cada vez más vastos de la vida misma y, por tanto, unas mayores ansias de permanecer en este enorme caldo de cultivo que nosotros somos, bajo la inmensa lente del investigador. Ahora bien, cada vez que un nuevo atisbo de conocimientos viene a explicarnos nuestra propia razón, o razones, de existencia, en lugar de sentirnos cerca del automatismo y del robot, nos sentimos parientes de la libélula y de la larva. Hacia el lado de los seres vivos nos sentimos como en familia, y esto nos produce un gran consuelo, porque pensamos que, en el día en que los automatismos produjeran de pronto la eclosión de una catástrofe destructora, siempre podríamos disfrazarnos de líquen o de musgo y empezar otra vez la aventura. De todos modos, lo mejor es confiar en una larga vida y esforzarnos en ella.